

PRONTUARIO

Jorge, the beautiful

UN efebo, conocido en ciertos reductos «intelectuales» por su apodo «La Cuca», y que responde, acaso por simple convencionalismo ciudadano al nombre de Jorgito Onfray, ha creído ofendernos en un reportaje hecho a Pablo de Rokha en «La Nación», y en una segunda entrevista que a él le hiciera Mario Espinoza al domingo siguiente.

Difundió previamente en los corrillos de su predilección, que se sentía aludido en nuestro artículo «El Imperio de los Resentidos», en que intentamos analizar la psicología de cierto tipo de fracasados en el terreno de la literatura.

Siguiendo nuestra línea de inalterable honradez, dejamos expresa constancia de que no hemos pensado en el suspicaz adolescente al escribir nuestro artículo, por la sencilla razón de que casi desconocíamos su existencia de plumario. Sin embargo, cada cual recoge de la vida lo que le pertenece, y si el joven hipersensible por propia iniciativa desea probarse el sayo, y éste le queda bien, no es nuestra misión oponernos a su femenino capricho.

. Si se ha sentido identificado en nuestras frases, es porque, de seguro, él se conoce a fondo. Si se reconoció en la estampa tenebrosa que trazamos, como el asno en la laguna, es porque él ha estudiado su propia alma a una profundidad que a nosotros nos está vedada. Nosotros nos limitamos solamente a poner el espejo, y el joven Onfray a poner... la cara. ¡Qué sugestiva autobiografía podría salir de este joven monstruo que tan bien

se conoce!

Si el aludido ejemplar tuviese algún interés en otro plano que no sea el oportunismo y el incontrollado afán de escándalo, le hubiésemos concedido alguna beligerancia. Pero él ha «irrupido» en la poesía chilena, (dicen que escribe versos tan graciosos que podrían matar de la risa a un caníbal), sólo para prolongar sus vergonzosos complejos de niño resentido, en cuya dilucidación tendrían bastante trabajo Pavlov y Freud asociados.

Quiénes sentimos las cosas como varones, y no como sensitivos enanos, comprendemos, perdonamos y compadecemos a estas pobres almas anegadas. Mas, cuando se quiere llevar la miseria de las pasiones a un terreno en donde las armas deben ser necesariamente otras, entonces hay que recordarles lo que son a estos mendigos de la moral literaria.

El autor de «Escritura de Raimundo Contreras», varón de buena fe, fué sorprendido por el adolescente aventurero, en una entrevista recortada a su amaño, interpretando la personalidad del gran poeta con el sordo arbitrio de un enfermo. El perfumado intelectual que afirma experimentar a menudo un «miedo delicioso», en la entrevista hecha por Espinoza, confiesa que las jornadas de cuento y poesía comenzaron siendo para él un deporte, pero que ahora se han constituido en un «vicio». ¡Qué joven tan vicioso y lleno de deliciosos temores, piensan algunos!

Con respecto a lo que este aeda reversible pueda pensar de nosotros, nos tiene sin cuidado. Jamás hemos sentido temores deliciosos. Además, como él mismo lo afirma, todo escritor que se respete debe tener por lo menos tres enemigos importantes. ¡Lástima que él sea tan insignificante para ser considerado un enemigo! Por otra parte nos sentiríamos muy inquietos si contáramos con su peligrosa simpatía. . .

Sin embargo, conviene que el furioso doncel, recogido en algún barrio por las musas, no ignore una cosa: la amistad entre Pablo de Rokha y nosotros no podrá ser empañada por la envidia amarilla de un resentido, no porque exista relación de parentesco entre nosotros, lo cual es, en última instancia, accidental, sino por las ideas y causas que los hombres de bien entrañan. Naturalmente, él no puede comprender esto, pues carece de toda idea y causa que defender. Es el destino de estos efebos de pijama de seda y calzoncillos nylon. Todo lo toman como «deporte», según sus propias palabras, o como «vicio».

Nosotros, venturosamente, no escribimos ni por deporte ni por vicio, sino por relaciones de un orden más profundo que sería inútil explicar al joven cacaseno, vicioso y deportista.

El, acaso sin saberlo, inconscientemente, representa el confusionismo, la ignorancia, la sucia mediocridad del ambiente, su tragedia moral, como un muñeco movido por la mano de un titiritero que se emporca la mano antes de la función.

Contra todo eso estamos nosotros, contra el fraude, y la mentira, ventilando públicamente los problemas del arte, sin gestos de «cocotte», sin utilizar la frase ambigua y torva, ni la alusión cobarde.

Hasta para ser un intrigante se requiere un mínimo de talento. . .

Mahfud Massis